

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es posible, y hasta diría que es seguro, porque tengo de ello pruebas, que los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en la América española, cuando fijan la vista en mis crónicas, las tachan de pesimistas y de sobrado obscuro y recargado de tintas el cuadro de la sociedad española que forma su conjunto. Yo, sin embargo, les rogaría que recorriesen por costumbre los periódicos diarios, y entonces sé que acabarían confesando que no prodigo las sombras. Raro es el día en que la prensa de información no nos sobrecoge — y *sobrecoger* es palabra inexacta, pues ya estamos habituados — con noticias escandalosas, con una cosecha tal de enormidades, que no puede menos de reconocerse un estado general de corrupción, del cual, ¡ay!, ni aun nos queda el consuelo de culpar a la civilización refinada, a los adelantos del siglo y a la complicación de la vida.

Recuerdo (no extrañaría que los lectores lo hubiesen olvidado) haber dicho aquí mismo que la diferencia entre la criminalidad española y la extranjera, es que allí los criminales los cometen los criminales, y aquí los comete también la gente honrada. Me refería, al expresarme así, a los infinitos casos de asesinatos *pasionales* o causados por mera brutalidad, como aquel de los dos mozos que se acuchillaron sobre quien cortaba más diestramente las rajas de un melón. No es aquí raro, sino frecuente, que los asesinos tengan los antecedentes más simpáticos y gocen en su barrio de muy buen predicamento. Extendiendo el concepto anterior, diré que aquí los delitos, según va demostrándose palmariamente, no los cometen sólo los delincuentes de profesión (que existen en todas partes), sino las personas venidas a menos y las encargadas de descubrir y reprimir el delito. Sin gran sorpresa — ¡qué sorpresa, ni qué millón muerto! — nos enteramos de las diabluras en que anda mezclada la policía, y de qué negocios cultivan las señoras reducidas a vivir de tretas y amaños, que, por no dejar de ser señoras, prefieren establecer garitos a montar un taller de sombreros o modistería.

El *Imparcial* — último que, según confesión propia, se determina a entrar en el terreno de la actualidad nauseabunda — reconoce abiertamente el aspecto social y político del asunto de la célebre *estafa*, no muy importante por la cuantía — un millón de reales, para el Banco *peccata minuta*, — pero gravísima por el tirón de manta que representa. ¿Hay en efecto tal tirón brusco, con caracteres de desengaño? ¡Pch!.. Todo ello ya estaba acá. Esa comidilla, hoy trocada en veneno, era el secreto á voces.

¿No hemos oído, cuantos respiramos el ambiente de Madrid, que cuando es robado el reloj o la cartera de una persona de alta importancia, de un prímate político, a las dos horas aparece, porque así lo dispone la policía? ¿Qué significa esta creencia arraigada (no aseguro que sea fundada, porque no tengo ganas de que empiece en mí, pobre inocente, a aplicarse la justicia seca), sino que existe el convencimiento de que el hampa y la policía están amigadas y combalachadas? ¿Y qué mucho, si en el mundo del hampa se reclutase la policía, y este método fuese fruto de la idea más inmoral de todas, que es conservar al hampa en la mano para las ocasiones en que conviene que las calles y las plazas, las tabernas y los cafés, hagan el juego de una bandera o de los intereses de un partido representados por un hombre o un grupo?

En España, al presente, puede afirmarse que no

existe la opinión pública; esa gran fuerza de los pueblos nos falta: era más vigorosa en el siglo XVII: de ello sería fácil citar ejemplos reiterados. Se murmura siempre; no se protesta nunca, en ninguna forma. La persuasión de que será inútil huela desde el impulso inicial la voluntad. ¿Por qué? Por la hipótesis general de que las cosas están arregladas desde arriba de cierto modo, y todos los amenes del mundo no llegan a ese cielo de bronce. Quien ve día tras día pasearse sueltos y libres a los más afamados rancias, espadistas y carteristas; quien cree saber que esa franquicia de los hampones, tan seguros hoy y en el siglo XVII tan temerosos, y con motivo, de los corchetes y de la horca, obedece a planes y conciertos que no se modificarán por lo que grite el pacífico y robado ciudadano, ¿que va a esperar, qué va a emprender? Yo repito que no doy las hipótesis por ciertas: no quiero chanzas con la Inquisición: aun ahí sería el diablo, si todavía corriésemos el peligro que corrió Quevedo por haber atacado vicios y corruptelas de su época. No es nada seguro el oficio de redentor; ojo a la cruz y al Calvario. Lo que voy diciendo se funda e inspira en artículos del *Imparcial*, del *Liberal*, de *La Época*, de toda la prensa: que lo que es por cuenta propia, mal año para quien señale con el dedo, y en boca cerrada no entran mosquitos.

La estafita es de oro, aunque poco oro valiese repartido entre tanta patulea. — El arte con que se realizó demuestra una vez más que si aquí no se rinde culto al trabajo es por pura pereza, no porque no le sobren a la raza aptitudes. — ¡Cuanto se trabaja por no trabajar! — decíame una noche, en el Circo de caballos, ante un acróbata colgado del trapecio a vertiginosa altura, un ilustre médico que no conocía la holganza. — Siempre que sale a luz una maraña como esta del *Cantínero*, me acuerdo del dicho del Doctor. Es increíble lo que se despliega de habilidad, maña y destreza, para agenciarse sumas que una labor sencilla y honrada produciría también deducidos riesgos, que siempre se corren en estos tratos de Argel, y diezmos y primicias, que según el ex inspector Luna, no falta quien cobre, sin pertenecer a la iglesia de Dios.

¡Qué océano, ola no, de cieno las declaraciones de ese ex inspector, ya se confirman, ya se desmientan, que aun cuando parezca extraño, para mí es lo mismo! Pues lo grave consiste en que suenen a algo mil veces oído, y lo gravísimo en que corra así la especie sin que se depure con el mayor rigor y se castigue, al comprobarse, de un modo ejemplar y que deje memoria. El castigo..., otra cosa en que no fiamos. Dice el periódico que en vista de las declaraciones de esa Luna que alumbró un instante tantos horrores y luego se eclipsó, se han reunido los delegados de vigilancia y acordado proceder a la captura de cuantos criminales andan sueltos por Madrid. Oportunísima providencia.

Hace cuatro o seis días asistí a la fiesta de un pueblecillo. Al cruzar la plaza, voces tristes me pidieron limosna desde una reja. El cuadro era completamente medioeval. He dicho una reja y debí decir dos: a derecha e izquierda de una puerta, resaltaban sus negros hierros, y al través de ellos penetraban difícilmente el aire y la luz en dos reducidas cárceles, la de mujeres y la de hombres. Pregunté cuánto tiempo llevaban allí los detenidos. Respondieron que siete meses. Pregunté el delito. Merodeo, robo de gallinas. Pregunté qué esperaban, qué desenlace tendría su suerte. Faltaba, según probabilidades, como mes y medio para que se viese la causa en el Juzgado. Entre los detenidos había una mujer joven y hermosa, anémica ya a causa del encierro prolongado, sin respiración suficiente, en el hacinamiento de la vida común con otras dos o tres presas. Anémicos parecían igualmente los presos varones. «Gente mala», me decían algunos señores, extrañados de mi interés. Sea cual sea la gente, hay cosas que hacen reflexionar. Dedicáranse estos pobres diablitos al robo de carteras repletas de billetes, en vez de raposear gallineros, y otro gallo les cantara. Y aparte de todo, si es justo detener al delincuente, ¿por qué siete u ocho meses de prisión preventiva, a causa de una gallina o un saco de maíz? ¿Por qué la anemia, aposentadora de la tuberculosis? ¿No es triste que revista estas formas la idea de justicia, que debiera imprimirse en el cerebro de los miserables y de los desheredados con caracteres de luz y de fuego, educando su espíritu? Porque estos delincuentes que vi tras la reja de la cárcel de Puenteareas no podrán menos de comparar su delito con su destino, y otros delitos y destinos también, y la consecuencia... dedúzcala un chiquillo de la doctrina.

Y a la hora en que cierro la crónica, entre uno y otro vaso de agua de Mondariz, el alboroto continúa, el escándalo parece ascender a las nubes, en la prensa no se lee otra cosa sino *Cantínero* — millón — estafa — María Reina — delegados — policía... Las autoridades y el gobierno, previo uno de esos movimientos de estiro y desmerece que no se pueden hacer delante de la gente porque no son finos, se arrancan con disposiciones y medidas y suspensiones y anuncios de reorganización, que no parece sino que van a volver el mundo patas arriba y traérselo. Ojalá por esta vez me engañe la desconfianza, como ha sólido engañarme la confianza propia de un alma, por mi mal, bastante generosa; pero no lo puedo remediar: esas providencias rigurosas que se anuncian ante el fervor del escándalo, me parecen tan efímeras como el escándalo mismo: merengadas que se tienen mientras están recién batidas, y a las dos horas bajan la cresta y se desmayan sobre el plato.

Nacen mis dudas de que si, en efecto, algo hay de verdad en las tremendas acusaciones de prevaricación y complicidad que ruedan por el aire, se concibe que puedan sorprender al público en general, pero no así a las autoridades y al gobierno, a ningún hombre versado y ducho en ciertas maleantes interioridades, conocedor del personal. Ninguna clase de ceguera explicable puede alegar el que ve de cerca cosas de esta índole peculiarísima. Servirse de los pícaros es ardid de los que mandan y disponen; desconocer la picardía sería otra cosa, y yo no llego al extremo de negar inteligencia a los que la han demostrado en cualquier grado y orden.

He ahí por qué no fío de los grandes propósitos de reorganización. No hay titirimundi cuya reorganización no se anuncie diez o doce veces al año, y todo sigue desorganizado el 1.º de enero del siguiente. ¿Hemos de otorgar crédito a los eternos quebrados, como si pagasen puntualmente sus letras, a la vista? Ya verán ustedes si esto se queda, igual que lo de más allá y lo otro, en agua de cerajas y contradanzas para ferias.

Palpita entre el torbellino una cuestión electoral. Estas lo priman todo. He ahí el motivo de que los pocos patriotas á secas que aún quedamos para guardar en vitrina, no profesemos ardiente amor a las instituciones parlamentarias. Donde fermenta ese germen de podredumbre...

La curiosidad que este género de sucesos despierta se fatiga pronto; un escándalo borra la huella del anterior; hay interregnos; la superficie social se aplana y desaparecen los remolinos formados por la caída de la piedra. Pero bajo el agua serena al parecer, hierven y se cruzan y luchan y se devoran los mismos monstruosos organismos, criados en el limo fétido. El estado de la nación no varía ni mejora; no hay depuración, no hay desinfección, no entran luz y aire; la conciencia no se sana y robustece: quedamos igual; y si se leen y comentan un instante tan extrañas tragicomedias, no incita la ansiedad del eficaz remedio, sino el interés bastardo, folletinesco, humano en medio de todo, del suceso pregonado.

¿A qué simular esperanzas que no sentimos? Hemos visto suceder de 1898 acá, los españoles, tan terribles cosas, hemos sufrido desengaños y humillaciones de tal naturaleza, nos han hervido dentro tales escepticismos y tales resquemores, hemos escuchado y escuchamos tales acusaciones susurradas en voz baja y al oído, sin que nadie las repita y sostenga en alto; nos ha sumido en tales confusiones el contraste entre lo que se oía y lo que se efectuaba, entre el memorial de agravios y el chaparrón de recompensas, entre las supuestas responsabilidades y las auténticas irresponsabilidades, con premios y honores; hemos tenido que tragar tanta saliva, que devorar tanta vergüenza, que reconcentrar tanta aspiración, que sorbernos tantas gotas de agua de esas que el corazón envía a los ojos cuando el sentimiento rebosa; hemos gastado tanta energía en balde, que ya ahora lo difícil sería conservar un átomo de optimismo. ¿La policía? Perfectamente adaptada al medio, si es cierto lo que aseguran. ¿Es que alguien, obligado a deshojar la margarita de las ilusiones, había respetado el pétalo que corresponde a las delegaciones de vigilancia?

Y hasta la próxima, que no sabemos por cuál lado vendrá. Preparémonos; preparemos, sobre todo, la indiferencia, la calma chicha, el narcótico del pensamiento, la triaca de la indignación. Procuremos no sentir el dolor de «esta España moral que se derrumba», según la frase de Núñez de Arce, que se equivocaba, porque ya se había derrumbado.

EMILIA PARDO BAZÁN.